

lución Sovietista. Es él un observador desapasionado, poco curioso, fríamente analítico, que se siente invadido por el torbellino de sucesos que se precipitan en su derredor y que procura transcribir, conforme los fué «percibiendo», en el desorden luminoso de un día de Moscov o de Leningrado; tal y cómo, «simultáneamente», desfilaron ante sus ojos o hirieron su sensibilidad con la «sensación de espacio y de tiempo» con que se desarrollaron. Y al abordar problema tan complejo y oscuro Salmón cae, por consecuencia lógica, en un *maremagnum* de palabras locas, violentas, incongruas, galopantes, que entrechocan, que se atropellan, pulverizan y avientan a los treinta y dos rumbos de la rosa náutica, como si el autor hubiese perdido todo ritmo y noción de orden, en la colocación especial, y del íntimo sentido de aquellas, en el inmóvil engarce de una frase. Pero es necesario, ante todo, fijar, exponer, los acontecimientos observados, y todo debe sacrificarse por el conjunto, por la suma de emociones que

pueden suscitar los mil accidentes diversos, sintéticamente enunciados, y por la lealtad del artista al hacer públicos, con la menor cantidad de medios técnicos, los grados más vigorosos de un «momento vivido».

Por el carácter interpretativo de estas líneas cabe hacer una salvedad. Ella concierne al valor puramente personal de las observaciones anotadas. Porque de la confusión del millón de «maneras» futuristas, que todo lo atropellan hasta hacerse «inclasificables», es bien difícil no errar, y toda labor de análisis que intente el crítico obligadamente ha de ser considerada mutable y dudosa. Tendencia es ésta, que siempre me ha cautivado, al grado de convertirme militante de sus filas, y que informa a los más altos espíritus, de ser los primeros en la duda y los últimos en afirmar, con lo que se interpreta «la filosofía de la Naturaleza», «que en todo instante cambia porque en todo instante crea».

Queda, por último, por contemplar en el libro de Salmón un aspecto, el

histórico. En ese rumbo la exploración resulta escasa de interés en cuanto se refiere a hechos salientes de la Revolución Rusa; todo se contrae a accidentes, a aspectos momentáneos captados por el observador en los días del terror rojo. Refiriéndose a *Prikaz*, dice uno de sus críticos, Georges Javory: «Esta obra evoca la visión lírica de un mundo nuevo, de una ardiente sociedad quimérica dominada por la sombra de Lenin, «el gran padre de la nieve». El lector gustará en ella de la forma nueva del poeta que guarda siempre sus cualidades de ternura y de emoción y en la que emplea los colores más detonantes, los más bellidos pinceles, y el estilo más amplio, para pintar al vivo la Revolución Rusa». Y en esa pintura por lo cruda y variada se deriva una idea inconfundible de horror y curiosidad que produce una sensación acre y violenta del angustioso sobresalto de aquellas horas «sufridas» ante las perspectivas heladas del remoto Leningrado.

ANTONIO ZELAYA

Fragmento del poema *Prikaz*

¡Traidores! ¡Traidores!

Vuestros diarios mal blanqueados gustan saciarse de ellos.

Se ven traidores en todas partes de Europa.

¿Sabéis lo que es un traidor, especie de filántropo?

¿Traicionar? Es lo necesario. Los traidores son santos

y los corazones más puros son los de los asesinos.

Hermano, yo te enseñaré la buena traición

y como se rehace la casa traicionando.

¿Traicionar? Me das lástima tú que no has traicionado, morirás solitario y odiado de los pobres.

La traición es justa, hermano.

La traición es necesaria.

La traición conduce al río de lo divino.

Ha sido necesario traicionar a Jesús para que se le crea que salvaba al universo muriendo en la cruz.

Hermano, yo te enseñaré a traicionar por amor;

a traicionar tu familia por algún vagabundo;

a traicionar a tus amigos por ingratos enemigos;

a traicionar a tus hijos por los hijos de otro;

a traicionar para zapar la envidia y para vencer

la peor servidumbre; a traicionar para alcanzar

el candor de Dios: inocente impostura:

«El creador traicionando su propia creatura».

Ven, hay en el Palacio un alemán notable

que sabe blasfemar y mentir en seis lenguas

y dice misa vestido de Ulano.

Un traidor, de seguro. Ven a instruirte en sus arengas.

El hombre dotado de razón

sólo escapa del «mal oscuro» con la traición.

Traicionar para vivir.

Traicionar para ser libre.

Traicionar por la Verdad.

Traicionar para que la materia perezosa se mueva.

Traicionar para hacer a una virgen reina del indigente pensa-

[miento viudo.

Te traicionas meditando

y traicionas a tus propios hermanos escuchándolos.

Euclides traiciona a Euclides,

Pascal traiciona a Pascal,

Loyola traiciona a Ignacio de Loyola,

y yo, yo traiciono al Comité por nada, por placer, por higiene, bah!

Palomo mío, pobre diablo el que no traiciona.

Ved esas gentes ametralladas, ahorcadas:

su muerte no es nada si de su muerte y sobre su muerte han

[sentido pasar la nueva.

Disponemos del telégrafo

y del odio universal.

Pasó el tiempo de los surcos regulares

trazados por atentos esclavos:

nosotros laboramos fuera de las «limitaciones»,

a golpe de granadas, a golpe de catapultas.

Y cierto grano

lanzado al viento por no se sabe quién

va a germinar, a verdecer, a florecer y madurar

en la incierta llanura

de un fantástico país.

Y nadie sabe a quién corresponderá recoger la legítima cosecha:

¿serás tú,

o yo,

los nuestros

o los vuestros

o algunos otros?

Pero, no nos importa saberlo.

Nada sabemos del límite del campo sobre el cual montamos guardia.

¿Vosotros, vosotros que hacéis tímidas revueltas,

en las que triunfan diez audaces,

no sabéis traicionar! Los traidores son santos

y los corazones más puros son los de los asesinos.

El grano está en la paja sobre la cual duerme el vagabundo.

El grano está en el pan del pobre y de su amo.

El grano florece en las flores de la terraza.

El grano está en el cielo negro punzado de astros blondos.

El grano está en tu boca y, talvez, en tus manos.

El grano está en tu corazón y no lo ves.

El grano está en la lluvia que golpea en la ventana.

El grano está en la piedra que arrojamos al perro que huye.

El grano está en el viento, el grano está en la paja.

El grano está en tu sangre, en tu carne, en tus entrañas:

la semilla del día es astro en la noche.